

CUENTOS CASTELLANOS

EL BACHE

Los rigores estivales se hacían sentir con ímpetus de horno; el suelo de la era entapizado por el oro de la mies, reverberaba terrible resistero; el aire secaba las gargantas de los mozones que trituraban el tamo; el polvo calizo, levantado por tal cual ráfaga impetuosa, iba depositando sobre las verdes hojuelas de la escueta y rala alameda, un sudario de muerte que poco a poco se encargaría de consumirlas.

—¡No sé lo que va a ser esto!—Se decían unos a otros los labriegos, mostrando en la faz curtida el desaliento que inundaba sus almas.—Poco trigo y de escaso peso, los panujos nos han chasqueado y el garbanzo bien poco que promete. ¡Dichosa sequía! ¡Vaya un invierno que nos espera!

—Pues anda que si miras lo que dicen los papeles, bueno está too. Huelgas, motines y general malestar, hambre, desasosiego y sin atisbo de que la maldita guerra termine.

—Tío Felipe—dijo un mocetón vigoroso.—Pa mí que toos ustés tienen la culpa dello. Usté tié en la su panera entoavía al pie de diez carros de trigo añejo, y entoavía no les ha dao al mercao. ¡Rediézl! Y a últimos de julio, ¿pa cuando los guarda?—Mía tú, mocosito: métete en tu camisa y no quiás enseñar a tu padre a tener hijos. ¿Te parece que es cosa de mal vender la poca hacienda que Dios nos ha dau, sin que veamos si conviene o no conviene? La virtù está en saber asperarse.

—Sí, pero tan y mientras, con los dineros que ya le había valío, mas lo que recogió usté por la tala del pinar grande y lo de la lana que, dicen le valió buen rato, usté podía haber emprendido otro pozo de esos.... artesianos, como el que hizón antaño en Salvador y haberse reido hogaño de la sequía; u haber mercao buenas máquinas y buen abono mineral como los del Sindicato del pueblo de al lao, ¡que vaya unos trigales que estan segando!....

El tío Felipe se rascó el cogote hasta hacerse sangre. No era la primera vez que tal catilinaria hería sus oídos, embotados como el sentido práctico y hasta el que los modernos psicólogos llaman sentido muscular, por la avaricia y desapoderada ambición. ¡Qué demonios de Sindicatos al lao iban a coger mejores panes que él, el labrador más antiguo, más acomodado y más inteligente en veinte leguas a la redonda!

¿Sería cosa de vender la senara?

Había subido el trigo hasta las ansiadas nubes, sin que las nubes se dignasen corresponderle y bajar a besar con húmedas caricias la abrasada tierra. Pero ocurría una cosa peregrina, y era que mientras los mercados de Valladolid, Medina y Salamanca, cotizaban el trigo a 96 y más reales fanega, al labrador no había quien se lo pagara a más de

90. Era necesario pasar por las horcas caudinas de la necesidad y de ella se aprovechaban no pocos intermedarios.

Y el tío Felipe, cegado por la envidia y tal vez por el amor propio de labrador sin peros, echó sus cuentas y acabó por decidirse. Cargaría un carro, uno nada más, en su panera mediada al presente, y se iría a venderle a Arévalo, donde según fama, y no obstante esa que anda de la tasa, se pagaba un real más en fanega.

Ya iban casi vencidas las seis leguas que de mal camino separaban el pueblo del tío Felipe de Arévalo; refulge el sol sobre el caparacho de sus angulosas torres; se destaca la vieja villa, erguida sobre pequeña colina y abrazada por los arrulladores brazos del Adaja y el Arevalillo.

Puestos en ella los ojos y agujado por el deseo de descansar de las molestias del viaje, que con el traqueteo del carro, la lima de polvo del camino y el ardor del sol, eran grandes, el tío Felipe no barruntaba que uno de tantos azares como se dan en los caminos—y en la región por cierto con mucha y harta frecuencia—había de turbar su tan cavilado propósito.

Ni el seco terno del mulero, ni el vigoroso esfuerzo que hacia atrás hiciera, fueron poderosos a que cayeran en un profundo bache, oculto por la aglomeración del fino polvo, como el agua y barro en invierno encubren el trampal, y al forcejear de las soberbias mulas crujió la nervuda y reseca madera del carro rompiendo la lona que aprisionaba el trigo añejo, que a chorros caía al suelo mezclándose con la tamizada arena del áspero camino.

¡Malditos Gobiernos!—exclamó tío Felipe, que a tierra saltó con celeridad—¡bien podían tenernos mejor cuidaos los caminos!

Y amo y criado, con solicitud de raposa, se pusieron a remediar en lo posible la avería, y su trigo añejo, el trigo en que tantas veces se había recreado contemplándolo empanerado, ¡casi un año!, no obstante el hambre que se sentía, fué despreciado en Arévalo porque le había echado tierra para que diera más peso—le decían en el almacén—sin dar crédito a lo del bache.

Es fama que no se resintió por ello la hacienda del tío Felipe, pero también lo es que cuando no el bache o el trampal, algo inexplicable, pero tangible en la realidad, no dejaba agollecarse sus trigales, ni poner lucios sus ganados, ni crecer cual correspondía a su hacienda.

Las comadres de las abrigadas invernales, los mocetones que vivían del piojar y escaso salario y hasta los que en Medina y Arévalo le compraban ganados y granos, conocían bien la causa.

Nosotros la llamamos por prudencia.

MARIANO GUERRAS